

CITA PREVIA

Los dos abuelos caminan un poco encorvados. Es invierno. El cielo está con ganas de llover.

Pasean despacio. Llegan al parquecito y se sientan en un banco.

-Estamos en malos tiempos, Manolo.-Dice el viejo tosiendo un poco y llevando la mano al pecho.

-Es verdad. Mira, te cuento lo que me ha pasado esta semana. Ya antes de la pandemia, sí que se había puesto de moda la famosa “Cita previa”. Cita previa para la revisión del coche, cita previa con el banco, cita previa para hacerse el DNI, y poco más. Pero desde que comenzó la historia esta del virus, del covid o la covid o como se llame el bicho, vaya, esto es acojonante. Tenemos que pedir cita previa para absolutamente todo. Hasta para hacer una denuncia o un donativo.

-Anda ya. No seas exagerado. Que nos conocemos, Javier.

-¿Exagerado?, escucha, escucha, -dice mientras se recoloca la gorra-.

Mira, el otro día me entró una congoja con esas historias que pusieron en la tele, esas de niños con ojos grandes enfermos y llorosos o yo qué sé. Bueno que me entró un rifirrafe en la barriga y decidí donar algo. Pedían una ayuda con una carita de pena que me dije, Ea Javier, vamos a hacer un donativo, pobrecillos.

El donativo en cuestión tenía que hacerse en el banco de xxx, ese que está al lado de la parada del autobús. Así que a la mañana siguiente me levanto, desayuno, me pongo mi abrigo, mi gorra y mi bufanda y allá que voy.

Cola de tres personas. 20 minutos en la puerta. Me toca y le digo a la señorita cajera,

-Buenos días. Mire yo venía a hacer un donativo para...

-¿Es usted cliente? -me corta.

-No señora, pero es que quería hacer un donativo para...

-Mire si no es cliente tiene que venir los martes o los viernes. El resto de días es para clientes solamente

-¡Pero si no hay nadie más! ¿No puedo darle el donativo para...?

La chica, joven, treintañera, ojos muy pintados, melena con flequillo y voz algo chillona volvió a decirme, sin mirarme y atendiendo a su ordenador, que ya me había repetido que solo martes y viernes”. Así que ya ves. La gente joven ya no respeta ni las canas. Y bueno, pues me volví a la casa.

Eso fue un lunes, así que al otro día, martes, me fui de nuevo al banco, me había levantado un poco más tarde. Con este frío el reuma tiene mis rodillas hechas polvo y caminaba algo más lento que de costumbre, así que llegué al banco casi a media mañana. Y mira tú, pues no había nadie, qué suerte. Entro. La misma jovencita.

Malo, pensé. Me voy a la ventanilla y le digo

-Buenos días. Venía a por lo del donativo, como ayer no pude pues

- Lo siento, pasa de las 11 -me dice mirando su reloj.

-Bueno ¿y qué?

-¿No ha leído el letrero?

-Qué letrero.

-.Pues ese de ahí, hombre. Lea: “Solo se atiende al público normal hasta las 11”

-Ah! pues no me había dado cuenta. (Yo debía tener cara de subnormal, por lo visto). Pero ya que estoy aquí -le digo con una sonrisita- podría hacer el donativo para...

-Lo siento mucho. Hasta las 11.Tenemos mucho trabajo. Vuelva otro día.

La madre que la parió. Estaba furibundo y me tuve que ir rezongando. La chica ni me contestó.

Me miró con sus pintarrajeados ojos –ya a mí me pareció una bruja. O tenía cara de bruja.- Y ni pestañeó. Vuelta a casa otra vez. Acojonante, oye. Menos mal que hacía solecito y entibiaba el ambiente. Las temperaturas habían subido un poco. Di un rodeo por el parque y me entretuve viendo jugar a la petanca a Antonio y Dalmacio. Ya sabes, donde siempre.

-Y ya lo dejarías estar ¿no? A la mierda, además que seguro que el banco se lo queda.

-Pues no Manolo, ya era cuestión de amor propios. Me cago en....

El fin de semana me dediqué a lavar mi viejo coche Opel Astra. Esa es otra. ¿Eh? Ya sabes, Ahora estos coches viejos ya no pueden entrar en Barcelona porque contaminan. Que contaminan. No te jode...

-Lo que quieren es que se vendan coches, Javier. Y no está el horno para bollos.

-Bueno, a lo que iba. Lo del banco. Bueno pues otra vez me presento allí. A ver si podía yo con la niña esa. Pues llego otra vez al banco y me encuentro con un jovencito pimpollo. Ojos claros, sonrisa lánguida y pelo de cepillo.

-Buenas, dígame.

-Mire que yo venía a hacer un donativo para esos niños de los campos de refugiados, para medicinas.

-Ah, sí. Pues mire, eso lo lleva Miriam. Hoy no ha venido pero si quiere le concierdo una cita previa y ella le ayuda a hacerlo.

-Pero es que ya he venido tres veces, coño.

-No se enfade abuelo. Es el protocolo que nos han dado.

-Ni protocolos ni leches, vaya follón para dar una limosna, hombre.

Total que el pimpollo me alarga un papelito con un día y una hora. Tengo cita previa para el día siguiente a las 10.30.

Enfurrñado me meto el papel en el bolsillo y doy media vuelta. El chico, con su sonrisa corta, me despide diciendo, ¡Ay abuelo si hubiera más gente buena como usted el mundo sería mejor! No te jode el niño. Bueno, para acabar el tema. Oye, al día siguiente me presento con mi papelito de cita previa otra vez en el banco. Allí, ante la ventanilla tengo a la bruja Miriam.

-Buenas. Tengo cita previa, quiero hacer un donativo de 20 euros para los niños refugiados.

-Son 15 euros por la gestión del banco.

-¡¡15 euros!! ¡Esto es de vergüenza! - Comencé a gritar-. ¿El banco se queda 15 euros? Ladrones es lo que sois.

Y la bruja sin inmutarse me dice.

-Bueno, si lo hace en el cajero automático no hay comisión.

Sale la tipa detrás del mostrador, se acerca al cajero interior me pide los 20 euros y en menos de un minuto el cajero se traga el billete y la bruja me entrega el justificante que aparece por una de las ranuras del cajero.

-Bueno Javier, eso es que te has topado con la lista de turno.

-¿La lista? Calla, que te cuente Indalecio lo que le pasó a él. Que le robaron el móvil y fue a denunciarlo a los mossos y le dijeron que tenía que pedir “cita previa”. -Venga ya, hombre.

-Que sí, Manolo que sí. Por mis muertos que es una verdad como un templo.

- Oye te imaginas que llamas a los bomberos -el viejo se echa a reír de pronto- y te piden cita previa?

Los dos se echan a reír conjuntamente, se atragantan y tosen casi al unísono. Cuando se calman prosiguen su charla.

- Mira Manolo, cita previa, cita previa. Estoy hasta los mismísimos cojones de las citas previa. Menos mal menos mal que para ir al Mercadona no te piden cita previa, que si no íbamos a comer pan duro varios días a la semana.

- Hala, vamos, Javier -dice levantándose- yo le voy a pedir una cita previa a mi Rosa, que todavía puedo dar guerra de cuando en cuando.

Los dos se levantan riendo. Manolo le da una palmada en la espalda a Javier y echa a caminar despacio.

-Bueno...ya me contarás para cuándo te da la cita previa. ¡¡Hasta mañana!!

Rafi Bonet